

EL SALVAJE

ANTONI GARCIA LLORCA

PREMIO GRAN ANGULAR 2009





I.

EL JINETE

¿e l caballo en que me llevaron? Lo recuerdo enorme y del color del bronce, verdinegro como las tinieblas, igual en todo al caballo de la estatua del general mandamás que hay en la plaza. Me montaron en su grupa, detrás del jinete, y me pareció que en aquella grupa podían montar otros diez niños como yo.

El caballo se asemejaba al de la estatua de la plaza, pero el jinete no tenía la calva del general mandamás ni su nariz de pico de paloma. Tampoco olía a flores mustias. Olía a monte y a cuero, y en lugar de sable esgrimía una fusta. Lo que sí creo, porque así lo entendí después, es que el general y él eran compadres, que habían combatido y vencido juntos en la guerra. Puede ser, porque mi jinete pisaba la tierra a la manera de los vencedores, como si las piedras tuvieran el deber de ablandarse bajo sus pies.

La tarde que nos visitó en la cabaña del bosque, saludó a mi padre sin darle la mano, a mi madrastra la llamó culo de pato y la mandó a por agua para el caballo, y a mis dos hermanastros y a mí nos puso en fila y nos examinó como se hace con los borricos en el mercado.

Los niños le dejamos hacer porque nos daba miedo su fusta. Mi padre andaba cabizbajo y mi madrastra sonreía. El jinete me eligió a mí. Sacó un fajo de billetes y dijo a mi padre:

–Te doy tanto por él. Si no te parece bien, lo dices.

–Me parece bien –dijo mi padre, y cogió los billetes.

–Como no me salga bueno, te quitaré lo que te he dado y mucho más –amenazó el jinete.

–Bernabé sabe apañárselas –contestó mi padre–. Se ha criado en el monte.

–Ya veo –asintió el jinete–, lo tenéis que parece un chivo.

Luego me tocó el hombro con la fusta y dijo:

–Hala, chivito, que nos vamos.

¿Adónde íbamos? Se lo pregunté a mi padre. Él, sin levantar la cabeza, dijo que obedeciera. No quise. Mi madrastra me tiró del pelo y me llamó desagradecido. Así que me encaramé a la grupa del caballo de bronce, detrás del jinete.

En el último momento, con el caballo ya al trote, mi padre se agarró al estribo:

-Le dará usted bien de comer, digo.

-No te angusties, hombre -respondió el jinete; luego fustigó al caballo y nos alejamos hacia el fondo del valle.

Pensé que mi padre no me quería.



2.

EL CORTIJO

8 **n**o sé cuántas horas cabalgamos. Salíamos de un valle, entrábamos en otro. El jinete no contestaba a mis preguntas. Tampoco quería que me cogiera a su cintura. Tenía que agarrarme a la silla y era difícil no caer. Luego, cuando me acostumbré, fue como si el trote del caballo me acunara y me dormí.

Desperté en el suelo. El jinete reía mientras detenía el caballo y me tiraba del brazo para ayudarme a montar.

—Haces bien en dormir ahora —dijo, y añadió—: Allá adonde vamos deberás andar con los ojos siempre abiertos.

No volvió a hablar en todo el viaje. De nada sirvió que insistiera en mis preguntas.

Al anochecer llegamos a un cortijo. Aquel patio, viniendo yo de la cabaña, me pareció la plaza

del pueblo. Había luces, trajín de gente, caballos y perros, puertas y ventanas que se abrían y cerraban, incluso un automóvil. No me pareció un lugar peligroso donde tuviera que andar con los ojos siempre abiertos.

El jinete me llevó a una gran cocina y me dejó al cuidado de una mujer buena. No era como mi madrastra. Me acarició el pelo y dijo:

–¡Qué chiquito eres! ¿Cuántos años tienes?

Contesté que ocho.

Se oyó la voz de un viejo junto al hogar:

–Ocho, y ese desalmado quiere enterrarlo allá arriba...

El viejo escupió a la lumbre y las brasas chisporrotearon.

–El amo te va a oír, cabeza hueca –lo regañó la mujer, y con un gesto de la cabeza señaló la puerta por donde había salido el jinete.

–Así se le pudran mis palabras en el oído –gruñó el viejo–, al amo y a su compadre, que deja que se cometan crímenes como este en su país.

El compadre del amo era el general mandamás. Lo supe porque el viejo miró con rencor el retrato del general que colgaba sobre el hogar. La nariz de pico de paloma estaba manchada de cagarrutas de mosca.

–Anda, come –dijo la mujer, poniéndome delante una montaña de migas con chorizo.

Y ya lo creo que comí.

–Aquí tienes más migas.

–Y come más chorizo.

–Moja pan.

–Bebe vino.

–Más pan para que mojes.

No olvidaré nunca aquel pan mojado en la grasa de las migas y el chorizo. Mi padre podía estar tranquilo. Comí por todos mis años de hambre, y por primera vez en la vida eructé de puro hartito y no de pura gazuza.

10

Luego me dormí con la cabeza sobre la mesa. Me sacudió el jinete:

–Nos vamos, chivito.

Habló la mujer buena:

–¿Y no lo dejaría usted dormir un poco más? Así, en invierno y en noche cerrada...

–A esta hora tiene que ser –dijo el jinete–, con la oscuridad.

–Claro, mujer –añadió el viejo–. Si el niño se aprendiera el camino, aun le daría por regresar.

–A ti te corto la lengua un día –lo amenazó el jinete.

La mujer me echó sobre los hombros un abrigo usado. Noté un bulto en uno de los bolsillos. Ella me miró llevándose un dedo a los labios: «Tú no digas nada».

Nos pusimos en camino. Esta vez nos acompañaban dos mozos y yo cabalgaba con uno de ellos. Andábamos en silencio. Era noche cerrada de invierno y los lobos aullaban en el techo de la sierra.



3.

LOS LOBOS

12

durante la guerra, los lobos tuvieron paz. Los hombres usaban las escopetas para matarse entre ellos. Por eso los lobos se multiplicaron y envalentonaron.

El pueblo estaba en lo alto de una peña. A los pies de la peña había muchas cuevas. En el último invierno de la guerra, una manada de lobos vino a vivir a las cuevas. Los viejos dijeron que no debíamos tenerles miedo mientras hubiera combates alrededor del pueblo, que así los lobos tenían muertos que comer.

—Un lobo harto es como un perro—dijeron los viejos—. El problema vendrá cuando se acaben los combates. El hambre hará que los lobos se metan en las cuevas para roer el tuétano de la peña. Entonces la peña se vendrá abajo y el pueblo se hundirá con ella.

¡Y yo que me lo creí!

Mi madre no paraba de toser. El médico dictaminó que tenía como unos lobos chiquitos en el pecho que le roían los pulmones. Mi madre murió el mismo día en que terminó la guerra. Aquel día deseé que los lobos grandes terminaran de una vez con el tuétano de la peña y que esta se viniera abajo con el pueblo. Pero la peña aguantó.

Los vencedores de la guerra volvieron las armas contra los lobos. Les gustaba hacerse fotos con sus cadáveres. Les abrían las fauces para que se vieran bien los colmillos y sonreían a la cámara, como diciendo: «Nuestros colmillos son más largos que los suyos».

—Los lobos muertos, como los lobos hartos, también son como los perros —dijeron los viejos, pero hablaban bajito porque no querían que los vencedores los oyeran y se enfadaran.

A los lobos no les gustaba salir en las fotos, así que regresaron al monte. Nosotros los seguimos porque en el pueblo no había trabajo. Mi padre sabía hacer carbón.